

Graduación de la primera promoción PPE

A4U: UAB, UAM, U CarlosIII, UPF

CosmoCaixa,

Barcelona, 1 de julio de 2017

## **UN MUNDO DE SIGNIFICADOS**

**J.J. Moreso**

El mundo natural es un mundo de objetos. El mundo social, en cambio, es un mundo de significados. En el mundo natural habitan, por ejemplo, las rocas, los árboles, las montañas. Es claro que los científicos del mundo natural se preocupan por conocer cuáles son los últimos constituyentes de la realidad, lo que en inglés llaman 'building blocks of reality' y ahí nos encontramos con el mundo misterioso de los átomos: con neutrones, protones y electrones y también positrones, quarks y sabores... Y también con la desconcertante afirmación que casi el 95% del universo está constituido por materia y energía oscuras, que desconocemos. Lo que lleva a filósofos actuales como Gale Strawson, hijo del importante filósofo analítico del siglo pasado Peter Strawson, a sostener que el fisicalismo, la tesis de que la realidad está constituida en último término por partículas materiales, implica, cuando es bien entendida, el pansiquismo, o dicho con otras palabras, Leibniz tenía razón. Sin embargo, dejemos estas cuestiones para los actos de graduación de física y de metafísica y regresemos al mundo social.

En el mundo social hay actos de graduación, hay dinero, hay Universidades, gobiernos, Estados y Tribunales. Y nada de todo ello existe sólo como objetos. Existen en la medida que nosotros, los seres humanos, somos capaces de proyectar sobre algunos objetos: edificios, personas, trozos de papel emitidos y certificados, por el Banco Central Europeo, por ejemplo, creencias y actitudes en forma de reglas y pautas que dotan de significado a determinadas interrelaciones humanas.

Hoy domingo 25 de junio, abro el periódico *El País* y me encuentro dos noticias como las siguientes entre sus titulares: 'El Tratado con Canadá reaviva la pugna histórica en el PSOE' e 'Italia prepara un decreto para liquidar dos bancos'. En el mundo de los objetos no existe nada como tratados, Canadá o el PSOE, ni Italia ni bancos. Estas entidades existen en el mundo de los significados.

Y este es el mundo que vosotros habéis aprendido a comprender al cursar con nosotros el grado de Filosofía, Política y Economía. Después de cuatro años dedicados a ello, estoy seguro de que ya sabéis cuál fue el origen de esta titulación. Después de la I guerra mundial, en las grandes universidades británicas como Oxford y Cambridge, sus mejores estudiantes de los ámbitos sociales y humanos seguían cursando el programa de *Literae Humaniores*, que llamaban *Greats*, y que estaba dedicado a la historia, la lengua, la literatura y la filosofía en la Grecia y Roma clásicas. A algunos de los profesores de Oxford, no sin resistencias de los más conservadores, se les ocurrió elaborar un programa de *Modern Greats*, es decir, con cursos de economía, ciencia política y filosofía contemporánea, dedicado a formar a personas que habrían de tener en el futuro responsabilidades públicas, en la política, en la administración, en las empresas privadas. Y la idea tuvo éxito. Hoy en día existen títulos así en los cinco continentes, más de un centenar, aunque el que vosotros habéis cursado es el primero en España. En el mundo social, que es el mundo de la contingencia, el azar tiene mucho que decir. Hace ya casi veinticinco años pasé un curso académico, una estancia postdoctoral, en la Universidad de Oxford. Entre el Balliol College, al que yo estaba asignado, y la Facultad de Derecho, en Broad Street, frente a la Bodleian Library, hay una ampliación que ahora se denomina Weston Library, a la que algunas veces iba a estudiar y a buscar material bibliográfico que no estaba en la biblioteca de Derecho, y me di cuenta de que algunos estudiantes llamaban esta biblioteca, PPE. Y me interesé en averiguar la razón de este acrónimo que, entonces, nada significaba para mí. Cuando lo comprendí me pareció una idea óptima, una titulación que a mi me habría gustado cursar. Tal vez esta circunstancia tan contingente esté en el trasfondo de mi proyecto, como Rector de la UPF, para que la Alianza 4 Universidades programara un título con estas características. Ahora, cuatro años después de su puesta en marcha, ya sabemos que somos capaces de atraer jóvenes de todos los rincones de

España, jóvenes con las mejores calificaciones en sus estudios secundarios, para participar de esta aventura. Y, por otro lado, otra peripecia del azar, esta vez desgraciada, la perentoria ausencia del Prof Inennarity, me lleva de nuevo frente a vosotros para impartir esta lección a los graduados de la primera promoción. El éxito de la idea oxoniense es patente no sólo porque la titulación es ofrecida en tantas Universidades del mundo, sino también porque de ella han salido importantes dirigentes británicos y norteamericanos, de Harold Wilson y Edward Heat a Bill Clinton y David Cameron, y de muchos países de la Common Wealth, Australia por ejemplo o Benazir Bhutto en Pakistán. Sin embargo, hay una persona –que primero cursó *Greats* y después el PPE- en sus comienzos, que quiero destacar ahora: me refiero al pensador Isaiah Berlin, una de las personas más influyentes del siglo XX, una personalidad portentosa, capaz de hallar la luz no sólo en la filosofía, sino también en la historia, la literatura, la política y la economía. Rescataba versos de poetas de la Grecia arcaica, como el de Arquíloco, al que tantas veces me he referido: ‘El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe sólo una, muy grande’. Recuperaba las ideas de la historia en Tolstoi. Buceaba en Herder o en Joseph de Maistre y nos mostraba, a la vez, y mejor que nadie, la fuerza de las ideas liberales de John Stuart Mill. No rechazó las iniciativas públicas que le ofreció el gobierno británico y la Universidad de Oxford. Su trayectoria la sigue hoy el Rector de la Universidad Central de Budapest, Michael Ignatieff, el biógrafo de Berlin, en una lucha valiente en defensa de la autonomía y la libertad académica, que la miopía del gobierno húngaro actual pone en peligro y amenaza con clausurar. Sería una pérdida no solo para Hungría sino para la libertad académica de todos los universitarios del mundo.

Dedicaré esta breve lección de graduación a contaros dos ideas, que me parecen importantes, y que sirven para comprender el mundo social. Una procede de la filosofía y contiene un sugerente y novedoso análisis filosófico del mundo social. Me refiero al libro *The Ant Trap. Rebuilding the Foundations of the Social Sciences*, (Oxford: Oxford University Press, 2015) del joven filósofo de Tufts Brian Epstein. El otro procede de un consolidado profesor, Premio Nobel de Economía en 2002, aunque psicólogo de formación, padre de la denominada Behavior Economics, Daniel Kahneman que en el libro *Thinking, Fast and Slow*, (New York: Farrar, Straus

& Giorux, 2011), muestra los problemas de nuestra forma de concebir el modo en el que los seres humanos tomamos decisiones.

Comencemos con la metafísica de lo social. ¿Cómo sabemos que este billete que os muestro es un billete de cinco euros? ¿de qué depende que este trozo de papel sea un billete de cinco euros? O, dicho en la jerga de los filósofos, ¿cuáles son las condiciones de verdad de la proposición según la cual este es un billete de cinco euros? Pues bien, según Epstein y simplificando ahora sus ideas, depende de dos relaciones que estructuran nuestro mundo social, nuestro mundo de los significados. Son las relaciones que podemos denominar de *anclaje* y de *fundamentación* (en inglés 'anchoring' y 'grounding').

Son nuestras creencias y actitudes las que anclan en nuestras comunidades las reglas constitutivas, las reglas que dicen, por ejemplo, que estrecharse las manos *cuenta* como saludarse entre nosotros, que levantar la mano en una asamblea *cuenta* como votar a favor de una propuesta, que los billetes impresos de acuerdo con las regulaciones del Banco central europeo cuentan como billetes de cinco, diez, veinte, cincuenta, cien, doscientos o quinientos euros. Estas reglas constitutivas –la idea es del filósofo de Berkeley John Searle- existen en un grupo social en la medida en que los miembros del grupo las aceptamos colectivamente. Es esta aceptación colectiva lo que ancla su existencia. En otras comunidades, lo que cuenta como un saludo es frotarse la nariz con la nariz del otro, por ejemplo. Y es la existencia de esta regla constitutiva, de acuerdo con la cual los billetes azules impresos conforme a la regulación y autorización del Banco Central europeo cuentan como billetes de cinco euros, aquello que *funda* el hecho de que este billete que os muestro es un billete de cinco euros. Este billete es un billete de cinco euros en virtud de la regla constitutiva según la cual los billetes azules emitidos conforme a la regulación y autorización del Banco Central europeo son billetes de cinco euros.

Este es, podemos decir, un caso fácil. Sin embargo, según Epstein, todos los hechos sociales pueden ser explicados a partir de las relaciones de anclaje y de fundamentación. Más complejo es dar con los hechos que anclan y con los que fundan la existencia de un acto de graduación como el que hoy celebramos. Hemos de recurrir a los múltiples modos de anclar múltiples reglas constitutivas: las que

constituyen las Universidades, y las que constituyen CosmoCaixa, las que constituyen las condiciones para obtener un título interuniversitario, definen los cargos de quienes hoy presiden este acto, etcétera. Todo lo cual hace posible decir que este conjunto de reglas constitutivas fundan la verdad de la proposición de que hoy estamos aquí celebrando el acto de graduación de la primera promoción del grado en Filosofía, Política y Economía.

Pondré un ejemplo más básico: las reglas constitutivas identifican cuando nos hallamos ante un movimiento en una práctica determinada. Pensemos en el ajedrez: la regla que establece que el alfil se mueve en diagonal, funda nuestro movimiento en el juego del ajedrez de mover mi alfil blanco tres casillas en su diagonal izquierda. Es un movimiento correcto del ajedrez.

Esta es una idea con un largo aliento. Permite explicar en qué sentido existen entidades mucho más complejas. En qué sentido existe el gobierno de la Generalitat, el Tribunal Constitucional, la empresa Desigual o el sindicato Comisiones Obreras. Permite explicar en qué sentido existen las prácticas sociales. Son las relaciones de anclaje y de fundamentación las que otorgan significado a objetos que sin ellas no las tendrían. Por ello, os decía, el mundo social es un mundo de significados.

Son ideas que no deberíamos olvidar cuando tratamos de comprender la profunda crisis económica de 2008, que comienza con la quiebra de Lemmon Brothers. O bien cuando tratamos de entender la razón de la victoria de Donald Trump en las elecciones norteamericanas del noviembre pasado. O la victoria del Brexit en el Reino Unido. O los dolores de cabeza que nos provoca el anunciado referéndum en Cataluña y que ha sido bautizado como Catexit. También la indagación filosófica sirve para poner nuestras ideas en orden en estos ámbitos.

Pasemos ahora a la segunda cuestión: ¿cómo tomamos las decisiones, en este ámbito social, los seres humanos? La racionalidad económica ha presupuesto durante décadas una teoría de la elección racional de acuerdo con la cual nosotros somos maximizadores de nuestra utilidad, de nuestro interés. Es decir, y dicho de un modo algo impreciso, analizamos los posibles resultados de nuestras acciones y les asignamos una determinada probabilidad, una probabilidad *bayesiana*, como

estoy seguro de que habéis aprendido en vuestros estudios. Y elegimos aquella alternativa que aumenta nuestra utilidad esperada. Se trata de una idealización elegante, pero está trufada de trampas. Esto es lo que durante décadas Daniel Kahneman nos ha advertido, hasta su prematura muerte junto con su colega Amos Tversky. En su libro acerca del pensamiento rápido y lento, Kahneman trata de persuadirnos de las insuficiencias de esta simplificada visión. Veamos dos de sus ejemplos.

Si yo les digo que he comprado unas raquetas y una pelota para jugar al ping-pong, que me han costado diez euros y que las raquetas valen nueve euros más que la pelota, y les pregunto ¿cuánto cuesta la pelota? La mayoría de ustedes me contestarán, muy probablemente, que cuesta un euro. Ignorando que si la pelota cuesta un euro, y las raquetas nueve euros más, entonces las raquetas cuestan diez euros y el total del paquete once euros, contra la formulación del problema. Si detienen a pensarlo, con algo más de calma, todos contestarán adecuadamente: la pelota cuesta medio euro, las raquetas nueve euros más, es decir, nueve euros y medio, que suman diez precisamente. *Quod erat demonstrandum*, como decían los clásicos.

El segundo caso es el siguiente. Si yo les cuento que Linda es una joven que estudia el PPE y que ustedes saben bien que es una convencida feminista, siempre denuncia todas las discriminaciones por razón de género, pertenece al grupo de feministas de la Universidad y les pregunto si es más probable que Linda sea una ejecutiva bancaria o una ejecutiva bancaria feminista, posiblemente muchos de ustedes dirán que es más probable lo segundo. Pero ello está plenamente en contra de todo lo que conocemos acerca de la probabilidad de los eventos, la probabilidad de  $p \& q$  es siempre igual o más baja que la probabilidad de  $p$ , uno de sus elementos en conjunción.

Bien, ¿somos irracionales cuando damos estas respuestas? ¿Somos irracionales cuando contestamos, la mayoría de nosotros, que la pelota costará un euro o que es más probable que Linda sea una ejecutiva bancaria feminista que sólo una ejecutiva bancaria? Kahneman arguye que nosotros, los humanos, funcionamos con un sistema dual. Por una parte tenemos el sistema rápido, intuitivo, automático, que nos sirve para la mayoría de las cosas. Él lo denomina el Sistema 1.

Pero este sistema, como en el caso del ping-pong o en el de Linda, nos lleva a cometer errores. Podemos subsanar estos errores si activamos nuestro Sistema 2, un sistema más lento, pero más racional y no automático. El Sistema 2 nos permite corregir los resultados que alcanzamos con el sistema 1. Ambos definen nuestra naturaleza. Nuestra capacidad de resolver problemas rápidamente, de incorporar prácticas en nuestra vida: contar, nadar, montar en bicicleta, presuponen el sistema 1. Es algo que otros pensadores de otras tradiciones filosóficas ya habían apreciado. El Rector Casals, estoy seguro, nos explicaría como algo de esto hay en la idea de *habitus* del sociólogo Pierre Bourdieu o, incluso, en la idea heideggeriana de *Wohnen*.

Pues bien, armado con estas dos ideas voy a tratar, para terminar, de esclarecer algo la situación política en la que vivimos en la Cataluña actual. No es una reflexión *ad hoc*. El surgimiento de la Alianza 4 Universidades respondió a la constatación de que éramos cuatro universidades con muchas cosas en común, qué duda cabe y que este era un proyecto atractivo para nuestras comunidades universitarias. Pero los cuatro Rectores del momento: Lluís Ferrer de la UAB, Ángel Gabilondo, de la UAM, Daniel Peña, de la Universidad Carlos III y yo mismo, como rector de la UPF, tuvimos muy en cuenta lo que ya en 2006 percibíamos como un desencuentro entre las sociedades y las culturas de Barcelona y de Madrid, un desencuentro que nos preocupaba. Pensábamos, tal vez con algo de ingenuidad, que la nuestra podía ser una contribución que sirviera para rehacer los puentes que, de un modo u otro, se iban quebrando.

Pues bien, lo primero que quiero decir al respecto es que tanto en Cataluña como en el resto de España se insiste siempre en la dimensión social de la fundamentación. El gobierno de Madrid argumenta, con razón, que nuestra Constitución no puede, en ningún modo, fundamentar un referéndum unilateral y vinculante. El gobierno de la Generalitat, por su parte, defiende que el fundamento de dicho referéndum se hallará en una Ley de Transición, lamentablemente secreta aún para los catalanes. Pero, al hacerlo, se olvida la otra dimensión: la dimensión de anclaje. La existencia de la Constitución española y la existencia de una eventual e hipotética Ley de transición depende de su anclaje en un conjunto de creencias y actitudes que conforman una aceptación colectiva. Un gran especialista de mi

materia académica, la filosofía del derecho, H.L.A. Hart (en *The Concept of Law* Oxford: Oxford University Press, 1961), lo llamó la *regla de reconocimiento*, aquel conjunto de criterios aceptados por los operadores jurídicos y políticos del sistema que estipulan las condiciones para que una regla sea o no parte del sistema jurídico de ese grupo social. Con esta frágil textura está tejido el orden social. Creo que hemos prestado insuficiente atención, unos y otros, a este rasgo crucial de nuestro devenir. Si este anclaje se fracturara, se agrietara, entonces no existiría ni la Constitución ni la Ley de Transitoriedad.

Y, me parece, la otra cosa que olvidamos es que los seres humanos decidimos con los dos Sistemas, el automático y el reflexivo. Que ambos configuran nuestra manera de comportarnos como seres sociales. Debemos apelar a ambos para resolver este entuerto. Debemos comenzar por reconocer que, en este asunto, hemos apelado demasiadas veces, unos y otros, a nuestro sistema 1, a nuestras intuiciones y menos, desafortunadamente, a nuestro sistema más racional, a nuestro sistema 2. Nuestro sistema 2 requiere que analicemos con cuidado las desventajas de separar Cataluña de España, lo que ambas partes perderíamos, lo que hemos conseguido juntos cuando hemos remado en la misma dirección. Hay mucho camino que recorrer en esta dirección. Y no lo hemos recorrido. Muy pocas veces las cosas se han iluminado de este modo. Pondré un ejemplo universitario: la mitad de los estudiantes universitarios extranjeros en Cataluña proceden de Latinoamérica. Sin duda que, al menos parcialmente, ello se debe a que Barcelona y Cataluña toda forman parte del imaginario de los jóvenes latinoamericanos: porque algunos descienden de catalanes, porque Gabriel García Márquez se refiere en *Cien años de soledad* a un sabio catalán, porque el autor de la música del himno de la Argentina, Blai Parera, era catalán. Es algo que estamos interesados en preservar y, al parecer, ello es más fácil si seguimos formando parte de esta comunidad hispánica.

Lo que digo lo digo por abrir el debate que existe entre nosotros a nuestro sistema racional, para que lo pensemos lentamente, *slow* y no *fast*. Los graduados del PPE podéis ayudarnos mucho a todo ello. Sois de toda España, conocéis ahora mejor Barcelona y Madrid, que han sido vuestras ciudades de estudio. Muchos de vosotros, me consta, estáis dispuestos a seguiros formando en cursos de Máster y



doctorado en las mejores universidades del mundo. Termino esta lección depositando en vosotros mi confianza de que, con los conocimientos sobre este frágil mundo social que habéis adquirido, seréis también capaces de labrar un futuro mejor para todos.

Muchas gracias.